

Ana Valenciano

Buenas tardes a todos. Comienzo por reconocer mi satisfacción y mi agradecimiento por estar hoy aquí frente a este nutrido grupo de licenciados en Filología Clásica, en Lingüística, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, y en Filología Hispánica, que han superado con éxito una etapa de su vida sin duda importante. Mi saludo especial a todos ellos, a sus padres, familiares y amigos, a los profesores que nos acompañan y, por supuesto, a las autoridades académicas de nuestra Facultad, a Dámaso, el Decano, y a Carmen, la Vicedecana de alumnos, especialmente implicados en la organización de este acto.

Mi relación con los que van recibir hoy la banda de licenciados, en su mayoría de Hispánicas, ha sido durante muchos años la enseñanza de la Literatura Hispanoamericana, una materia de largo recorrido que comparte nuestra lengua, que arranca con el Descubrimiento de lo que se ha dado en llamar el Nuevo Mundo, para continuar ofreciéndonos joyas en poesía, en narrativa y en tantos otros géneros literarios, y debo de reconocer que el balance ha sido altamente positivo pues, pese a mi gran esfuerzo por recordar alguna experiencia desagradable a lo largo de los muchos años dedicados a la docencia, no he sido capaz de encontrarla, quizás porque me falle la memoria (que también puede ser); pero, en cualquier caso debo agradecerlo a una buena parte de los que hoy estáis aquí celebrando una licenciatura que cierra con vosotros su ciclo de existencia.

Quizás mi concepción de la adquisición del conocimiento sea algo anticuada, obviamente acorde con mi edad, pero, a mi modo de ver, la brevedad de las asignaturas semestrales, la acumulación de materias, la necesidad de compartir la asistencia a la facultad con trabajos para subsistir, las obligaciones familiares etc. etc. no han permitido a menudo asentar como se quisiera aquello que, a cada uno de vosotros, interesa. No hay que preocuparse por ello, porque, aunque no sea nada tangible y muchos se empeñen en negarlo, hay un antes y un después tras los cinco años, (en vuestro caso), dedicados a la licenciatura; hay un poso de saberes y de experiencias que, desde luego, no se reducen a la literatura o a la lengua, y que sin duda se mantendrá siempre más o menos a flote en el mar de vuestra memoria.

Como es bien sabido, la literatura hispanoamericana no ha ocupado nunca un lugar preferente en los planes de estudio en la llamada secundaria: el dramaturgo Alarcón (que de mexicano tenía poco más que el pasaporte), quizás Sor Juana, Rubén Darío, el gran poeta compartido por las Américas y por España, Rulfo malamente entendido en las primeras etapas de enseñanza en su espléndido relato intitulado *Pedro Páramo*, y poco más.

Un desconocimiento en cierta medida estimulante para algunos de vosotros por lo novedoso que haya podido resultar, al menos en parte, la materia de la Literatura hispanoamericana, de la que, al llegar a mis clases, habíais tenido ya noticia por los cursos de Introducción, (cada vez más reducidos en los sucesivos Planes de Estudio), hasta llegar a las troncales I y II, que, con El Cuento hispanoamericano, han sido las asignaturas que nos han reunido en estos últimos años.

En esta última etapa, me han llegado noticias de acontecimientos muy tristes en alguna de vuestras familias que, inevitablemente han perturbado la marcha de vuestros estudios, pero también hemos compartido buenos ratos y hasta hemos recibido la llegada de un bebé que, casi hasta el momento de venir al mundo, asistió a las clases junto a su madre y tuvo que acoplarse a la estrechez de las bancas del edificio B.

Le he dado bastantes vueltas a lo que os podría decir hoy aquí, algo qué pudiera entreteneros a vosotros y a los que os acompañan, en suma, a los protagonistas del evento. También nos acompañan algunos profesores, lo que, sin embargo, no debe preocuparnos, porque es una verdad irrefutable que los profesores siempre lo sabemos todo de antemano.

He repasado con no poca nostalgia, (pues, como se diría en México, ya estamos de salida), los muchos días de clase de estos últimos años, y han saltado a mi memoria, unos tras otros, algunos autores, y textos que se han destacado a lo largo de los últimos cursos por alguna razón, pidiendo un hueco en esta despedida porque también querían estar presentes en un acto tan especial. Así que, sintiéndolo mucho y prometiendo ser breve, les daremos entrada, entendiendo que a día de hoy no pueden ser considerados como un legado en cierta medida anacrónico.

La materia incorporada a nuestros programas empezaba, como es natural, por Colón, obviamente reconocido como “el descubridor” pero no tanto como iniciador de las llamadas Crónicas de Indias, en su mayoría escritas por autores españoles, pero también por mestizos y por indígenas, porque resulta indiscutible que están inspiradas en las tierras recién descubiertas, en sus habitantes y en los acontecimientos allí

acaecidos, materia histórica y literaria que inspiró en su día a los cronistas, obligados a usar palabras por entonces desconocidas al utilizar indigenismos, o a inventar nuevos términos y estrategias narrativas para nombrar lo desconocido por entonces en la Península, enriqueciendo, como se sigue haciendo, la lengua vehicular del hispanismo: árboles, plantas animales, utensilios etc. etc. Fascinados por la grandiosidad del Nuevo Mundo y la peculiaridad de sus habitantes, aquellos primeros escritores tuvieron que echar mano de mil recursos para transmitir sus vivencias a los lectores europeos, ávidos de recibir noticias sobre el territorio americano recién descubierto y sobre las formas de vida de sus gentes, dando pie a uno de los tópicos más enraizados y discutidos en el estudio de esta literatura: *lo real maravilloso*; característica de unos relatos que, además de pretender ofrecer un material histórico con el aderezo necesario de verosimilitud y de reflejar la autopropaganda de muchos de los autores, que perseguían alcanzar algún beneficio de las autoridades de la época, trasladaban a los lectores una realidad que resultaba excepcional, maravillosa, según el mencionado tópico acuñado por el escritor cubano Alejo Carpentier en una de sus primeras novelas intitulada *El reino de este mundo*.

¿Pero qué es la historia de la América toda sino una crónica de lo real maravilloso? --Se preguntaba Carpentier. Hemos repasado juntos esa amalgama de géneros que se agrupan, como he dicho, bajo la convención que llamamos Crónicas de Indias: a los *Diarios* y las cartas de Colón se sumaron las *Relaciones* de Cortés, redactadas en un buen castellano, que dejaban trascender las ínfulas imperialistas del Conquistador y que tuvo su contrapunto en *La verdadera historia* del escritor/soldado Bernal Díaz del Castillo, quien reivindicaba su papel y el de sus compañeros en la Conquista. Un relato bien escrito y muy atractivo en cuanto a su contenido, cuya autoría se está poniendo en entredicho en estos días por un investigador de la Escuela de Altos Estudios de París, que pretende adjudicar la obra al propio Cortés, basándose, entre otras razones, en la corrección del discurso literario de la obra y en el considerable ejercicio de memoria que tuvo que realizar Bernal para describir con extraordinaria exactitud y detalle lo sucedido en la conquista de México. (Veremos en lo que queda la propuesta).

También nos hemos acercado a las obras del Padre Las Casas, una figura incontestable en su defensa de los indios, venerado como un Santo en la etapa de la Emancipación; al inca Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa inca y de un capitán español y autor de los *Comentarios Reales* y de *La historia general del Perú*. Un

excelente escritor, ya plenamente renacentista, que intentó revalorizar, si bien interesadamente, su descendencia mestiza, al dedicar el primero de los libros a la cultura y los hechos de los incas y el segundo a justificar, en último término, ciertas actitudes de su padre, el capitán español, que tuvo sus más y sus menos con determinados competidores impuestos desde la Metrópoli. También hemos alucinado (como diría alguno de vosotros) con las aventuras de Álvaro Nuñez Cabeza de Vaca quien, tras asegurarnos la veracidad de su relato en el Prólogo de sus *Naufragios*, nos contaba la facilidad con que resucitaba a los muertos. Por último, Guaman Poma de Ayala, otro cronista, esta vez de origen indio, que, precisamente por su ascendencia nativa, constituye el hecho diferencial de la Literatura virreinal española, respecto a otras coloniales, y quien sin alcanzar la excelencia literaria del Inca, aportó la originalidad de criticar, desde dentro, la Conquista, mediante la incorporación de una larga serie de representaciones gráficas que, en su simplicidad, resultan altamente ilustrativas de los desmanes cometidos por los españoles.

Obligada en esta primera etapa ha sido la lectura de *La Araucana*, tan válida para un programa de Literatura hispanoamericana como para uno de española, llegando a coincidir en ocasiones en las listas de lecturas. Modelo reconocido de épica culta hispánica, cuyo contenido surge del enfrentamiento de los españoles con unos araucanos magníficamente organizados para la defensa de su territorio, según nos cuenta Ercilla. Una obra magnífica, que asustaba un poco por su volumen a los que no se habían adentrado en sus páginas y que, en cualquier caso, debe considerarse como una lectura ineludible para cualquiera que se llame filólogo.

Y pasamos al Barroco, periodo considerado por algunos escritores y críticos americanos, Carpentier, Lezama Lima, Severo Sarduy, etc., como la etapa en que ya la originalidad de la literatura hispanoamericana y, en cierta medida, el conjunto de su cultura, iniciaba su despegue y adquiriría una identidad propia frente a la influencia española omnipresente hasta ese periodo. Y hace su aparición la impresionante figura de Sor Juana Inés de la Cruz con una personalidad humana e intelectual que no tiene paralelos, definida y explicada magníficamente en el libro que le dedicó en su día el gran humanista Octavio Paz intitolado *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. A su carta a Sor Filotea, un texto singular que nos acerca a la intimidad de su compleja personalidad, se suman sonetos, romances, villancicos, etc., etc. Y sus redondillas, entre las que cabe recordar una de las más discutidas en cuanto a interpretación, y que tanto éxito cosechaba entre el público femenino de las clases:

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois ocasión  
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal? Etc. etc.

A lo anterior cabe añadir el complejísimo poema “Primero sueño”, sobrecargado de erudición y, en consecuencia, muestra de la magnitud de los conocimientos de la religiosa mexicana; un poema de difícil interpretación que me ha traído a la memoria una anécdota, sucedida muy al principio de mi carrera docente y relacionada con mi irónica afirmación inicial acerca de la sabiduría del profesorado: Me había leído una y otra vez el dichoso poema, anotándolo hasta la saciedad con la intención de transmitir todas las cuestiones planteadas por la crítica y, en último término, por el propio poema, siempre abierto, como lo está cualquier texto, a nuevas interpretaciones; estaba bastante convencida de que la clase había ido bien pese a la dificultad del asunto. De repente, un alumno de los de cara inexpresiva, que, obviamente, los hay, se levantó muy ceremonioso desde la última fila del aula y me dijo: --“Profesora, ¿Le puedo hacer una pregunta?” --“Pues claro, me sentí obligada a contestar” --“¿Cuántos libros tenía exactamente Sor Juana en su Biblioteca?” --me preguntó. Mi respuesta fue inmediata: “No lo sé” (y, por cierto, sigo sin saberlo), y ahí aprendí lo sano que es reconocer que no se sabe algo, aunque antes de la siguiente clase haya que rebuscar en los libros hasta resolver la duda, que no fue el caso.

A Sor Juana, le sigue su contemporáneo, el peruano Juan del Valle Caviedes, un personaje que en su vida y en su obra poco se parecía a Sor Juana con quien, curiosamente, mantuvo una buena relación personal e intelectual, ya que, según el Profesor Bellini, ambos compartían, entre otros gustos, su admiración por Quevedo. Sus versos pusieron en evidencia las lacras de la sociedad peruana de su época, criticando sin piedad a políticos, religiosos, médicos y comadronas, mujeres de “mala vida” etc., y hasta al rector de la universidad en un poema intitulado “Al doctor Bermejo por haberlo

hecho rector”, al haber ocupado ese puesto uno de los médicos más denostados por el peruano.

Aquí yace un idiota, señoría,  
de un médico rector disparatado,  
que antes de un mes lo hubiera ya acabado  
si la cura su necia fantasía.

Por uso duró un año su manía,  
este título grave y estirado,  
que a no durar, por uso, sepultado  
le tuviera su ciencia el primer día. Etc., etc.

Con la llegada de la llamada Ilustración comenzaron a bullir con gran fuerza los aires de independencia y se inició un claro proceso de americanización de la Literatura (Insistente *leitmotiv* de mis clases, como saben muy bien algunos de los que hoy están aquí) aunque, como bien ha considerado el crítico Ángel Rama, ese proceso se iniciaría a partir de los modelos españoles, básicos en la formación de los criollos, en su mayoría educados en colegios y universidades jesuíticas.

La censura que, desde el Descubrimiento, había intentado controlar la difusión de todo lo escrito en lo que entendemos por Literatura, que pudiera distraer de los objetivos evangelizadores (en muchos casos sin conseguirlo) se incrementaría sustancialmente en esa etapa, en un intento por controlar a los intelectuales que, con su pluma, patrocinaban la emancipación de la Metrópoli. Y es en ese mismo periodo cuando surge la curiosa figura del mexicano Fray Servando Teresa de Mier (un nombre que, no sé porqué siempre os daba risa), autor de un famoso sermón que ponía en entredicho la autoría española de esa evangelización, desde siempre utilizada como justificación de la conquista. Fray Servando desmontaba la leyenda de la aparición de la Virgen de Guadalupe, patrona de México, al indio Juan Diego, y se la adjudicaba nada menos que a Santo Tomás, llegado a tierras americanas, necesariamente, mucho antes de la arribada de los españoles. Como era de esperar, el fraile fue encarcelado y desterrado a España, desde donde recorrió países y cárceles de toda Europa dejándonos constancia de su aversión hacia el pueblo español en unas jugosas *Memorias* sobrecargadas de ironía (y de mala uva, si se me permite el lenguaje coloquial), donde

se permitía criticar ferozmente la vida y costumbres de los europeos, incluidos, como he dicho, los españoles de las diversas provincias. Sirvan de ejemplo las lindezas que les dedicaba a los castellanos y, en concreto, a los habitantes de la capital:

En Castilla – escribía en sus *Memorias* Fray Servando - hay pan y vino, y nada más; la olla son nabos; y la falta de comercio, en la distancia que está de los puertos, la tiene en la miseria, y sus lugares son miserables y puercos.

Y al referirse a los madrileños:

Me figuré que aquel era un pueblo de potrosos, y no lo es sino de una raza degenerada, que hombres y mujeres parecen enanos.... En general, se dice de los hijos de Madrid – continuaba el fraile- que son cabezones, chiquitos, farfullones, culoncitos, fundadores de rosarios y herederos de presidios.

Una opinión que se generalizaba más adelante al afirmar que:

Esta es la gente natural del país, gente sin educación, insolente, jaquetona, y, en una palabra, españoles al natural, que con su navaja o con piedras despachan a uno, si es menester, después de mil desvergüenzas.

Evidentemente, se trata de un texto de una agresividad exacerbada pero, además de esta categoría de andanadas como las aportadas por Fray Servando, y las que circulaban en esos tiempos en libelos y periódicos más o menos clandestinos, para la proyección de futuro de las nuevas naciones se requerían textos fundacionales que también iban a incluir críticas a la conquista. Y aquí hacen su aparición los innumerables escritos de Bolívar, un ilustrado en toda regla, conocido como “El libertador” por sus hazañas guerreras, y autor de la famosa Carta de Jamaica, expresión, entre otros asuntos, de su panamericanismo; el texto de un ilustrado, como he dicho, bien argumentado y, sobre todo, bien escrito, que suscitaba en clase más de una discusión acerca de la consideración literaria de un texto básicamente político.

En la línea de esos textos fundacionales se encuadran asimismo algunos autores neoclásicos que adecuaron su lenguaje poético a la exaltación de lo americano; entre ellos destaca el humanista por excelencia, Andrés Bello, nacido en Venezuela, y de

todos conocido por su autoría de la Gramática, todavía vigente en algunos aspectos, y como promotor de reformas docentes de largo alcance, pero bastante desconocido como autor de dos largas silvas de tono grandilocuente que, cumpliendo a rajatabla las convenciones literarias del Neoclasicismo, se despachaba a gusto a la hora de juzgar la violencia de los conquistadores, como muestra el siguiente fragmento incluido en la “Alocución a la poesía”:

Musa, cuando las artes españolas  
a los futuros reinos recordares,  
víctimas inmoladas a millares;  
pueblos en soledades convertidos;  
la hospitalaria mesa, los altares  
con sangre fraternal enrojecidos;  
de exánimes cabezas decoradas  
las plazas; aun las tumbas ultrajadas. Etc., etc.

Pero, tras la consecución de la Independencia, superada casi en su totalidad en menos de treinta años alcanzando un territorio que abarca desde México hasta la Argentina, la gobernación de las nuevas naciones no quedaba resuelta, y las guerras civiles y las dictaduras fueron moneda común en los países de reciente fundación. Muchos intelectuales, agrupados en asociaciones de muy diversas índole, y en su mayor parte beligerantes con esos gobiernos que representaban la pérdida de las libertades, se vieron perseguidos y obligados a exiliarse como fue el caso del argentino Echeverría (curiosamente con la ayuda económica del gobierno al que criticaba), quien se instalaría en París, lugar de entrecruzamiento de los nuevos aires de libertad que preconizaba el Romanticismo. Empapado durante sus años parisinos de las nuevas corrientes liberadoras que superaban las rígidas normas del Neoclasicismo, Echeverría volvería a su patria para dejar testimonio literario, ya plenamente romántico, en su poesía y en el paradigmático texto intitulado “El matadero”, por lo general considerado como el primer cuento hispanoamericano. Un relato escrito en los años treinta, pero publicado cuarenta años después por lo que no pudo servir de modelo a los siguientes cuentistas; un texto breve, claramente simbólico ya en el título que, sin dejar de lanzar alguna irónica puya a la prepotencia que adjudicaba a los españoles, constituía un feroz alegato a la dictadura argentina de Rosas, representada por lo acaecido en “El matadero”

En Argentina también desarrollaron su liderazgo intelectual dos escritores de propuestas ideológicas muy dispares pero coincidentes en su oposición a Rosas, lo que provocó sucesivos exilios: Faustino Sarmiento, otro humanista como Bello empeñado en favorecer y organizar la educación (cuyos principios se han mantenido vigentes hasta el día de hoy), un afrancesado al tiempo que cosmopolita y, en bastante medida nacionalista, quien, en su obra magna que acostumbramos a llamar *El Facundo*, denostaba la vida y costumbres de los gauchos, representados por el feroz caudillo biografiado que daba nombre a su obra. En una carta enviada al presidente Mitre, Faustino Sarmiento le aconsejaba:

No trate de economizar la sangre de los gauchos...porque la sangre es lo único que tienen de seres humanos.

Frente a esa *barbarie*, el futuro de Argentina debería apoyarse en la *civilización* básicamente urbana, educada y abierta a las influencias externas llegadas por el abierto mar del estuario de La Plata. *Civilización y barbarie*, otro de los tópicos omnipresentes en la crítica literaria hispanoamericana, establecido y reutilizado constantemente desde la publicación del *Facundo*.

Una posición contrapuesta a la de Sarmiento respecto a la figura del gaucho la encontramos en la obra de José Hernández, otro argentino autor de las dos partes del *Martín Fierro*, un largo poema reeditado una y mil veces, ampliamente admirado por el pueblo argentino sin distinción de profesión o clase social y, para mi sorpresa, del gusto de la mayoría de los estudiantes de sucesivas generaciones. Un protagonista que, acompañado por su guitarra, relata un sinfín de penalidades e, incluso, obligado por las circunstancias según la línea argumental que nos presenta el autor, acaba convirtiéndose en homicida, actitud por lo general interpretada con suma benevolencia por los alumnos/lectores. Ello me consta por haber sido una obra objeto de “reseña” obligatoria en las clases en mi intento por enseñar cómo se deben organizar los contenidos de ese tipo de opiniones críticas.

Pero la buena acogida y el gusto por la lectura del *Martín Fierro* no se ha correspondido en general con la acogida que ha merecido la lectura, impuesta en los programas del Departamento, de la novela romántica intitulada *María* del autor colombiano Jorge Isaacs, también “reseñada” en la clase del siglo XIX; una novela tan extraordinariamente difundida en Hispanoamérica como el *Martín Fierro*, muy bien

escrita y con todos los ingredientes esperables en un relato puramente romántico: protagonista masculino sensible y poeta, protagonista femenina bella, angelical y, por supuesto, enferma, sentimientos religiosos a flor de piel, etc. etc.; en definitiva, un amor imposible que acaba, inevitablemente, en tragedia y que, salvo excepciones, ha sido bastante maltratado por pasado de moda en las correspondientes “reseñas” (algunas muy divertidas).

Y llegamos al Modernismo sobrecargado de poetas y narradores de tan alto nivel que no merecen ser comentados de pasada: el mexicano Gutiérrez Nájera, el colombiano José Asunción Silva o los cubanos tan diferentes entre sí como lo fueron Julián del Casal o José Martí. Rubén Darío, Herrera y Reissig o Lugones, estos últimos muy cercanos en ocasiones a la llamada Vanguardia, y tantos otros. Los nuevos de América, como se consideraban ellos, que cambiaron definitivamente el rumbo del fluido cultural, irradiando su personal influencia desde la América hispana hacia el exterior, aunque, como es bien sabido, pudieran asumir con entusiasmo la impronta de las corrientes literarias francesas de aquella época. No antirrománticos, sino contrarios al romanticismo prosaico y siempre partidarios de la libertad patrocinada por el Romanticismo. “Románticos que trabajan”, decíamos en clase, poetas y narradores imposibles de agrupar porque, como razonaba Darío ante la petición de un Manifiesto, que aglutinara al conjunto de sus componentes, en las “Palabras liminares” de *Prosas profanas* muy avanzado ya el Modernismo:

La obra colectiva de los nuevos de América es aún vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte al que se consagran, y porque proclamando, como proclamo, una estética acrática, la imposibilidad de un modelo o de un código implicaría una contradicción.

El camino iniciado por los modernistas, innovadores ante todo y abiertos a la recepción de elementos de muy variadas y, a menudo, lejanas culturas continuó dando extraordinarios frutos tanto en poesía como en prosa y la nómina de autores contemporáneos, que ya podemos considerar clásicos, es innumerable, alcanzando, como sabemos, varios premios nóbel.: Asturias, Sábato, Borges, Cortázar, José María Arguedas, Carpentier, Rulfo y Carlos Fuentes, Mújica Laínez, Lezama Lima, García Márquez, Vargas Llosa; Huidobro, Neruda, Nicolás Guillén y César Vallejo; Octavio Paz, y tantísimos otros son figuras incontestables en el ámbito de la Literatura universal.

Y como, para vuestra tranquilidad, ya estamos terminando, pasemos a las cuestiones que, posiblemente, os preocupen en una etapa que hoy ha llegado a su final.

Algunos, me consta, tenéis una profunda vocación por la enseñanza y por la investigación, otros, también me consta, han venido a cumplir con un asunto pendiente que las circunstancias de la vida no les ha permitido realizar hasta ahora, y otros habréis llegado aquí por no tener otra opción o, incluso, por casualidad. Ninguna razón es criticable. Pues, sin necesidad de saber cuales han sido los argumentos que a todos vosotros os trajeron a esta Facultad para acabar convirtiéndoos en filólogos, el hecho es que eso es lo que sois, cada uno en su especialidad, y ese es un bagaje que nadie os podrá quitar.

Todos sabemos que la situación no es fácil, pero en realidad no lo es ahora para nadie, ya sea economista, ingeniero o bioquímico, con una ventaja para las Humanidades: nadie nos podrá quitar la posibilidad de investigar, porque, a diferencia de muchas de las carreras de Ciencias que necesitan de financiación para iniciar o mantener sus investigaciones en laboratorios de todo tipo, la entrada en bibliotecas y archivos es, al menos hasta el momento, gratis.

No renunciéis a vuestros objetivos y, quizás, a vuestros sueños, aunque la espera se tenga que alargar más de lo debido y haya que buscar algún modo de supervivencia que os desagrade hasta la llegada de tiempos mejores, que han de llegar.

Nadie os podrá quitar tampoco la posibilidad de escribir pues, como decía una ilustre colega que ahora enseña en la Universidad de Valencia; hay que tratar de publicar, aunque sea en la Hoja Parroquial.

Y, por último, nadie nos podrá quitar el placer de la lectura y habrá que seguir leyendo todo aquello que, paradójicamente, no hemos podido leer, pese a cursar una carrera de Humanidades, pues, como afirma el profesor Rodríguez Adrados, uno de los grandes sabios con quien contó en su día esta Facultad, en el más reciente de sus libros:

El hombre crea la Literatura, la transmite, con ella vive, comprende, goza y sufre.  
Sin ella difícilmente podría llamarse hombre.

Muchas gracias.